

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA
aprobación eclesiástica,
y bajo la dirección
DE

E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesías, sección
doctrinal, y cuanto
juzguemos á propósi-
to para la instrucción
religiosa, la enseñan-
za y el recreo.

Este periódico sal-
drá los días 3, 14, 23 y
30 de cada mes, y con-
stará de ocho páginas
en igual tamaño al de
este prospecto.



SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES
EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
ese modo á los señores
suscritores la adquisi-
ción de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, y que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
también en sellos
de franqueo de 10 y 15
céntimos; prefirién-
dose siempre, donde
las haya, las letras del
Giro mútuo.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que al
darnos el aviso mar-
quen bien su nombre,
pueblo de su residen-
cia y provincia á que
pertenece.

23 de Diciembre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 31.

SUMARIO.

Las pasiones ante la fé.—El alma penetrada de amor
de Dios, poesía.—El libro de misa.—Calvario y Re-
dención. Cartas de tres hermanos.—A la caridad,
poesía.—Sección doctrinal.

ESTUDIOS MORALES.

LAS PASIONES ANTE LA FÉ,

(CONTINUACION.)

III.

En el artículo anterior, llamábamos la aten-
ción sobre la influencia mortífera de ese fondo
de corrupción que todo hombre lleva abierto en
las profundidades del alma; y al cual hemos lla-

mado la «Concupiscencia.» Ella es es centro de
donde parten los violentos ataques del pecado
contra la ley Suprema, y de allí, se derivan to-
dos los males que nos agobian y que nos ame-
nazan.

El primer grito subversivo que lanza la Con-
cupiscencia, es la rebelión de la carne contra el
espíritu; grito salvaje que llama al hombre es-
piritual, para qué, abdicando sus nobles dere-
chos, corra á envolverse en una atmósfera de
sensualidad que mate las nobles grandezas del
alma, y arroje un puñado de inmundo cieno so-
bre la parte mas noble de su ser, deshonorando
un blason divino, esa marca celestial impresa
por la mano de Dios en el alma que fué criada
á su imagen y semejanza!

El sensualismo, vicio funesto, al que con razon
se ha dado el nombre de sentido depravado, es la

muerte del alma, y el gran enemigo del hombre. La Historia de la humanidad está llena de las horribles destrucciones causadas por el sensualismo! El Diluvio, las nefandas ciudades de Pentápolis, las viciosas costumbres del Paganismo, el envilecimiento del hombre en el Mahometismo, y las bajas costumbres de la herejía, dan testimonio de tan triste verdad!

Cuando el hombre ciego, frenético se entrega á los delirios de la carne, renuncia á su propia dignidad, se iguala á las bestias, abre una fuente de corrupcion en su vida, la disipa criminalmente, conspira contra sus hijos, legándoles en la herencia de unas costumbres infamantes, la perversion de una sangre corrompida; el alma se inclina sobre sí misma para convertirse en lo que ahaga su amor desordenado y criminal, el corazon se endurece tornándose despótico y egoista; el génio, hasta el génio siente la herida que le causa la corrupcion en que se ha sumerjido; y así, impotente para producir obras maestras, ayudará con su poder á corromper mas y mas cada dia, el alma y el corazon de los que se embriagan con sus obras corrompidas y corruptoras.

Esto que sucederá siempre que el sensualismo haya infiltrado su veneno en la sociedad humana, se vé con dolorosa claridad en los tristes dias que atravesamos!

El sensualismo lo ha invadido todo! En todas partes levanta su rostro hundido y deforme, y así, en la filosofía como en las ciencias, en el arte como en las costumbres, en la literatura como en ese «porvenir» que se nos prepara, el sensualismo aparece siempre; en el fondo y en la superficie, en las ideas y en las obras. Y bien; qué sucederá con semejante invasion?

No es difícil responder: la respuesta salta á la vista; en lugar de una sociedad culta y verdaderamente sábia, tendremos una sociedad, vana, incapaz de realizar nada grande, ni en el orden de la inteligencia, ni en los dominios del arte; sociedad sensualista, endeble, viciosa, trabajada por todos los vicios que manchan, y por todas las degradaciones que envilecen; y por coronamiento de tan miserable edificio, y como síntesis de tanta depravacion, esa figura siniestra que abre sus horribles fauces para devorarnos: «*El mónstruo socialista.*»

E. A. V. P.

EL ALMA PENETRADA DE AMOR DE DIOS.

Dichosa tú mil veces, ¡Oh alma pura!
con tan rico tesoro regalada:
estasiada en tu célica dulzura
zurcas el mundo sin pedirle nada:
no te abaten las penas y amargura;
marchando vás con planta sosegada,
que este divino amor de los amores
las espinas trasforma en santas flores.

¿Qué temes dí, si vives defendida
con muro de divina fortaleza?
¿Qué temes dí, si vives escondida
en centro de humildad y de pureza? *Si es*
¿Qué te importan los bienes de la vida *que*
si se haya en tí la mas santa riqueza?
¿Qué es del mundo la pompa y hermosura
comparada á la luz que en tí fulgura?

Los que buscáis con loco desvario
esa dicha falaz, caduca y breve,
y á las pasiones, cual revuelto rio,
abrigo dais en vuestro pecho aleve,
¿No meditais en vuestro orgullo impío
que la humana existencia es humo leve?
¿No veis que solo hallais dolor profundo
en el brillo engañoso de ese mundo?

Si es que os falta la fe, venid de hinojos,
postraos ante el altar del Dios amado
y con humilde llanto en vuestros ojos
pedid os dé este dón puro y sagrado:
El que formó esos astros luminosos
y ese cielo tan bello y azulado,
¿Cómo no dar á la criatura amada
la fé que pide en lágrimas bañada?

¿No veis que su bondad es inefable,
que nos regala amante y generoso,
y que en todas sus obras admirable
y es para el triste, Padre cariñoso?
que nos ofrece dicha perdurable
de la Gloria eternal, Rey poderoso
y nos inspira plácida confianza
dando al alma dulcísima esperanza?

Por eso tu mil veces ¡Oh dichosa!
alma encendida en el amor divino!
surge en tu pecho llama generosa,
ya no te arredra el mísero destino.
Solicita, constante y amorosa
solo buscas á Dios en tu camino
y entre tus mismas penas é inquietudes
brotan lozanas, célicas virtudes.

En tí brilla dulcísima alegría
nacida de la esencia del martirio:
en tí no existe noche, siempre es día,
y enagenada en celestial delirio
crece tu amor cual crece en lozanía
en el ameno valle el fresco lirio,
y en brazos del amado reclinada
marchas feliz á la eternal morada.

¡Amor de los amores! ¡Santo Faro!
que alumbra aquel sendero misterioso
dó se halla el divinal y dulce amparo
què tanto anhela el corazón ansioso;
Manantial de salud; tesoro raro:
copa de néctar puro y delicioso,
quien probó aquella paz que en tí se anida
no busca ya otros goces en en la vida.

CÁRMEN RUIZ DE MONTESINOS.

EL LIBRO DE MISA.

TRADUCCION ESPAÑOLA DE

DOÑA JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

(CONCLUSION.)

«Obedezco, Leoncio; puesto que aún me está permitida la duda, hé aquí las condiciones que os impongo para esa prueba, en nombre de cuanto tengais mas sagrado en el mundo. Una vez tomada mi resolución, es irrevocable, y no intentéis combatirla si redundá en nuestra desgracia... olvidadme y alejaos de mí por piedad. Mañana al declinar el día iré á la iglesia de Saint-Irieix, en cuyos altares se han verificado los mas grandes actos de mi vida; mi bautismo, mi casamiento y la triste ceremonia que siguió á la muerte de mi pobre madre; allí pediré á Dios me inspire una resolución, y si he de ser vuestra, abandonaré la iglesia llevando en mi mano el devocionario en el cual habeis trazado la imagen de mi dulce patrona; pero si en medio de mi ardiente plegaria la voluntad celeste me inclina al cumplimiento de mi promesa; si en medio de mi piadosa meditacion considero nuestro enlace como un crimen... entónces el devocionario quedará sobre el reclinatorio como prenda de nuestra eterna separacion. ¡Leoncio, herma-

no mio, vos que sois noble y generoso, acceded á mi peticion!... no podeis imaginaros cuantos escrúpulos experimenta mi corazón ante la idea de la santa prueba á que por vuestro amor me someto.»

Leoncio comprendió que por nada del mundo aquella alma profundamente religiosa desistiría de su idea, y se resignó á esperar la resolución de la cual dependia su felicidad.

Á la caída de la tarde del día siguiente, la campana de la iglesia de Saint-Irieix daba al viento las campanadas que preceden á la poética oracion del *Angelus*, como al principio de nuestra historia; un tinte sombrío se habia extendido como un manto de luto por el magnífico paisaje que dominaba el castillo: espesas nubes interceptaban el purísimo azul del firmamento, y el viento, precursor de la tempestad, silbaba lúgubremente por entre las hojas de los añosos árboles.

Una mujer pálida y silenciosa se destacó de entre las arboledas, y tomó con paso breve el sedero que conduce á la iglesia, en tanto que por una de la avenidas del parque Leoncio se dirigia al mismo punto.

Al ir la condesa, que no era otra la desconocida, á franquear el umbral del templo, se detuvo indecisa y toda su sangre afluyó á su corazón. Iba á oír su sentencia en el santo tribunal de Dios, y temia como nunca habia temido.

Por fin María de Pommereuse penetró en la iglesia, y Leoncio dió un paso para seguirla sin ser visto, pero á la entrada del templo una mendiga le detuvo, tendiéndole una mano con ademán suplicante.

El jóven depositó una moneda de oro en la mano de la infeliz mujer, la hizo señas de que se alejara, y se dispuso á entrar en la casa del Señor, pero de improviso volvió sobre sus pasos y detuvo á la mendiga diciéndole:

—Buena mujer pedid á Dios que me conceda lo que mas deseo en el mundo.

¡En aquel momento supremo tres oraciones se elevaron al cielo!

La condesa oraba ante el altar, arrodillada é inmóvil como una estatua de mármol sobre un sepulcro. Leoncio oculto entre los pilares del templo y con los ojos fijos sobre María, articulaba distraído una plegaria, y en el pórtico de la iglesia la infeliz pordiosera pedía á Dios por la dicha del hombre que le habia asegurado el pan de algunos días.

Trascurrió una hora.

Nada turbaba el augusto silencio de aquellos lugares: las sombras de la noche envolvian el

gótico templo; las últimas é indecisas luces del espirante día se proyectaban trémulas en la magestuosa nave de la iglesia, al penetrar por la entreabierta puerta, y sus débiles tintas presentaban á la bella condesa una poética luz parecida á la misteriosa aureola de un mártir.

María se incorporó lentamente é hizo ademán de salir, volvió á arrodillarse tranquila, fijó sus miradas en la imagen del Crucificado que se ostentaba en el altar como una celeste promesa de paz, ocultó su frente entre las manos, un suspiro ahogado se escapó de su pecho, y se dirigió con paso tardo hácia la puerta del templo.

Leoncio, pálido y convulso, corrió hácia el reclinatorio, y sintió una horrible sacudida en el corazón.

¡María de Pommereuse habia dejado allí su devocionario!

Una nube pasó por los ojos del pobre jóven, que creyó morir de dolor.

La condesa acababa de llegar á la puerta. Leoncio, aturdido por la desesperacion, apenas oía el ruido de sus leves pasos, cuando la mendiga, corriendo hácia ella, la detuvo diciendo:

—¡Señora, señora, el libro de oraciones, que os habeis olvidado.

Y la infeliz pordiosera presentó efectivamente el devocionario á la condesa.

—¡Ah! exclamó María fuera de sí, oprimiendo el devocionario contra su corazón, y tendiendo la mano á su amante; ¡Leoncio, esposo mio, Dios lo quiere!

N. DE SAINT-GEORGES.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

María á Fabian.

Segun te prometí ayer, hermano mio, continúo hoy mi carta interrumpida entonces y sigo refiriéndote los sucesos ocurridos.

Después que Amelia salió de mi cuarto, reflexioné seriamente en lo que debia hacer. Primero pensé en pedir consejo á San Roman, segun habíamos convenido; luego me arrepentí de este pensamiento pues me dolia en el alma que si la condesa intentaba dar un paso culpable lo supiera otro que yo, por mas que este otro fuera

un anciano tan digno y noble como el doctor. La pureza del nombre que lleva Amelia es para mí tan sagrada como lo sería la del mio propio... quizá mas aún, por que ese nombre es el suyo, es el de Horacio!

Callé pues, no con la idea de dejar que ella corriese á su perdicion, si no resuelta á salvarla yó sola, como lo habia hecho ya otra vez.

Pasé todo el día de este modo.

En aquellas horas de duda oré mucho, pedí mucho á Dios que no me abandonase y que enviara en mi ayuda uno de sus ángeles, pues al par que temblaba por Amelia, temblaba tambien por mí, por la primer entrevista que iba á tener con Horacio.

Comí en mi cuarto, desde cuyas ventanas se domina el jardín y la avenida de parque, y nada vino á turbar la calma de aquellos sitios tan solitarios y tan aislados.

Cuando ya fué de noche, cuando la última luz de la tarde se habia extinguido en el espacio, cuando los balcones del salón se iluminaban con la claridad de la lámpara suspendida en el centro de él, elevé de nuevo mi alma á Dios y le rogué que me amparase, pues se acercaba sin duda una hora de prueba y de duda para mí.

A eso de las nueve sentí en el patio el ruido de un carruaje, y miré á través de los árboles la figura grave y digna del doctor que se disponia á marchar.

En aquel instante sentí que se oprimia mi corazón. Me encontré mas sola y mas aislada para las luchas que presentia.

Amelia, que sin duda aguardaba con impaciencia la partida del anciano, me envió á buscar con su doncella.

¡Ay de mí! aun que hubiese querido negarme á aquella demanda no podia hacerlo: yo soy solo una persona asalariada en esta casa que no es mia.

Me dispuse á bajar agitada por mil extrañas ideas, por mil distintos temores. Pero Dios que sin duda habia escuchado mi súplica, me envió uno de sus ángeles como yo se lo habia rogado.

Elvira me aguardaba en la escalera, se abrazó á mi cuello y me dijo con los ojos arrasados en lágrimas.

—No tengo sueño y mamá quiere que me acueste ya, dile que me permita quedarme contigo.

—Y lloras por eso?

—Oh! es que tengo miedo.

—Miedo!

—Si: Josefina vá á quedarse aquí, y no junto á mi cuarto como otras noches.

—Pero mamá.....

—Mamá irá á pasear por el jardín luego, pues la he visto tomar la llave de la puerta que desde su gabinete baja hasta allí.

Como comprendes, Fabian mio, las inocentes palabras de la niña eran para mí una revelación: eran la confirmación de los temores que habia concebido.

En aquel instante la estreché contra mi corazón y pensé que su inocencia podía ser la égida de su madre, y también la mía, ¡la mía!

—Ven, la dije, y no temas: te quedarás conmigo, pero es preciso que me prometas no dormirte hasta muy tarde.

—Oh! ya te he dicho que no tengo sueño, contestó trocando sus lágrimas en una sonrisa, ya te he dicho que no tengo sueño.

Coji su mano y entré con ella en el salón.

Teniendo aquella niña junto á mí ya no podía temer quedarme á solas con su padre.

¿Qué palabras podían salir de los labios de Horacio que no estuvieran purificadas por la mirada de aquel ángel?

Cuando entramos, Amelia se hallaba sentada junto á la cama de su esposo, y éste vencido por la debilidad y por los sufrimientos pasados dormía con un sueño tranquilo y suave.

La condesa se levantó apenas me distinguí y salió á mi encuentro diciendo en voz baja, pero en la que yo creí notar una ligera emoción.

—Horacio duerme ahora: se halla bien, mañana dice el doctor que podrá dejar el lecho: esta noche pues será la última que necesita de nuestros cuidados. Pero los medicamentos que tiene que tomar en ella son tan necesarios que es preciso...

Se detuvo y luego añadió.

—Yo me siento fatigada y no podría permanecer aquí, en V. confío. Josefina vendrá á acompañarla, pues no necesito de sus servicios. Hasta mañana pues: ya creo que todos están recogidos... y voy á hacerlo yo también. Sobre esa mesa encontrará V. el plan que ha de seguirse... el doctor lo dejó ahí... Cuide V. de mi esposo y... no le deje V. un momento, María.

Amelia habia dicho las anteriores palabras con una agitación que en vano trataba de ocultar, al menos á mis ojos que leían en el fondo de su alma, y cuando se alejó, lo hizo con tal prisa que ni aun reparó en la presencia de Elvira, ni en que se iba á quedar á mi lado.

La niña llena de alegría se acercó á mí, apenas vió que nos hallábamos solas, y exclamó muy bajo por temor de despertar á su padre.

—Ves? mamá se ha ido sin reparar en mí: me-

jor: así no me negará el permiso de permanecer aquí contigo.

La senté sobre mis rodillas y entretenida en escucharla pasé mucho tiempo aún.

Pedro y Josefina dormitaban en la pieza inmediata y nosotras hablábamos tan quedo que apenas nos oíamos una á la otra.

De pronto en la alcoba se escuchó una voz débil y tarda en pronunciar las frases.

Era Horacio el que así hablaba.

Me levanté y me acerqué con timidez levantando con mano insegura la colgadura del lecho.

Horacio no habia despertado pero soñaba sin duda porque sus labios se movían imperceptiblemente y su pecho se agitaba.

Entre aquel ensueño murmuró clara y distintamente un nombre.

Era el mío!

—Papá sueña contigo! dijo Elvira dejando su asiento y aproximándose á la alcoba.

—No, hija mía, la contesté yo con rapidéz, es que ha despertado y me llama para que le acerque la medicina.

En mi turbación hablé tan alto que el conde se despertó haciendo un brusco movimiento.

Después llevó la mano á sus ojos, que ya se encontraban libres de la venda que los cubría, y fijando su mirada en torno pareció buscar algo con un anhelo indescriptible.

Oh! hasta aquel instante no habia yo visto sus ojos, aquellos ojos en que se refleja la grandeza de su alma y que iluminan su noble semblante con la llama de la inteligencia y el sentimiento.

—María! volvió á decir, no con la vaguedad del sueño, sino con el afán de quien pronuncia un nombre querido, María!

—Aquí estamos señor conde, dije yo levantando completamente la cortina y dejando que viese á la niña, aquí estamos; ven Elvira y acerca esa copa, tu padre hallará mas dulce la bebida que le ofrezca tu mano, ven.

Horacio me miró de un modo extraño y murmuró muy bajo.

—¡No es preciso recordarme el deber: yo no lo olvido!

—Señor conde, V. supone?... murmuré yo turbada al verme comprendida.

—Oh! nada! ha hecho V. bien!

La niña trajo entonces una copa de cristal llena de una poción refrijerante, y la ofreció á su padre que bebió con avidéz.

Después ella misma fué á colocarla sobre la mesa, junto á la cual permaneció distraída con un libro que hojeaba.

Yo fui á llamar su atencion, y Horacio deteniéndome con una mirada.

—Déjala V., murmuró, déjala V. yo se lo ruego.

La palabra quedó cortada en mis lábios y el conde continuó.

—La otra noche, al salir del delirio en que habia estado sumido por algunas horas, pronuncié algunas frases de las cuales debo pedir á V. perdon.

—Á mí! exclamé mas turbada cada vez.

—Sí, María: ofendida por ellas quizá, me ha privado V. de su vista por algunos dias, bajo pretexto de un mal en que no he creído.

—Yo...

—Y anhelaba verla para rogarla que las olvidase para siempre, borrándolas de su memoria.

—Señor conde, dije sobreponiéndome á mi turbacion y evocando todo mi valor. Señor conde, yo en esta casa solo debo recordar el lugar que ocupo y los beneficios que recibo; lo demás no existe para mí: no puede haber existido nunca, ni otro pensamiento, ni otro recuerdo.

—Segun eso ¿no volverá V. á olvidar al pobre enfermo?

—Gracias al cielo, la salud reemplaza al mal, y la esperanza, á los temores.

—Las enfermedades del alma, no están al alcance de la ciencia, María.

—Pero están al alcance de Dios! le respondí yo con voz solemne.

—Tiene V. razon! exclamó, tiene V. razon!

Hubo algunos instantes de silencio, que al cabo rompió él diciéndome lentamente.

—María, una noche, no sé si V. lo recordará, atormentado por una idea terrible, y sin pensar en mi impotencia, corrí en busca de una verdad que ambicionaba saber, y que se ocultaba á mis ojos, velados por una doble oscuridad entónces.

—Sí, lo recuerdo! murmuré pensando que Dios me exigia un sacrificio nuevo, lo recuerdo perfectamente.

—Pues bien, á pesar de todo, yo dudaba entónces, yo dudo aún... y hoy mas que nunca, de lo que entonces creí oír, y quisiera... quisiera saber si lo que en aquella noche me dijeron sus lábios de V. era un hecho ó una piadosa mentira para devolverme la paz. María ¿es cierto que solo V. se hallaba en aquel jardin? es cierto que su voz era la que yo escuché entre la sombra?

—Si señor, exclamé resueltamente, yo fui y puedo asegurar mas aún; que el sentimiento que me guió á aquel sitio vive en mi corazon tan profundo como aquel dia y bajará conmigo al sepulcro, aunque jamás una palabra salga á mis labios para asegurarlo,

Horacio no contestó, no se atrevió á preguntarme nada mas.

Al cabo de algunos segundos,

—Esa franqueza es digna de V., me dijo, y yo le doy gracias por ella. ¡Ah! por que todas las mujeres no se parecen á V., María?

Inclinó la cabeza sobre la almohada y pareció fatigado.

Yo me dirigí á donde estaba Elvira y la tomé entre mis brazos. La niña se habia dormido, y al sentir la presion de mis manos,

—No, mamá, no me lleves de aquí, exclamó entre su sueño.

Estas palabras me hicieron recordar á Amelia, que quizá en aquel instante corria á su perdicion.

Un pensamiento repentino, quizá una inspiracion, acudió á mi mente, y tomando á la niña sali con ella de la estancia, dirigiéndome al cuarto de su madre.

Pero embebida en escribirte he dejado correr las horas, y ya me envian á buscar, perdoname si suspendo esta carta, especie de diario en que voy consignando mis sentimientos. Ya sabes que todo te lo confiaré; pero luego, mas tarde, cuando tenga algunos instantes míos: entonces volverá á decirte sus penas tu pobre hermama,

MARÍA.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

A LA CARIDAD.

ODA.

Escuchad al Apóstol de la gente
cuya voz convicente
al pueblo de Corinto así decia:
«Sabed que los tesoros de la ciencia,
«la brillante elocuencia
«y el envidiable don de profecía;

—
«la fé que nos conduce al heroísmo,
«el sacrificio mismo
«de nuestra vida á la verdad sagrada,
«no habiendo Caridad, son eco vano,
«humo y polvo liviano;
«no habiendo Caridad, no valen nada.

«Aunque yo conociese cuanto cierra
«la dilatada tierra
«con el mar y el sublime firmamento,
«aunque un ángel morase en esta boca,
«si Caridad no invoca,
«vacío y sin poder será mi acento.»

Y entre el silencio prosiguió S. Pablo:
«Mas esta de que os hablo
«Caridad que el espíritu renueva,
«marcha dulce, benigna y silenciosa,
«sin que mira ambiciosa
«ni egoísta propósito la mueva.

«No con soberbia ostentación publica
«las obras que practica
«en la santa eficacia de su celo;
«ni busca recompensa ó vanagloria;
«que su laurel de gloria
«no crece con vigor sino en el cielo.»

¡Oh puro sol resplandeciente y bello!
¡Oh del amor estrella,
Caridad inefable y bendecida!
Así te quiere Dios, muda y secreta,
como dulce violeta,
del bosque en los linderos escondida.

Pero también con su fragancia pura
la humilde flor satura
del espacio las anchas extensiones;
y así la Caridad, cuando es profunda
completa y pura inunda
el ámbito de nuestros corazones.

Como lámpara eterna, brilladora,
ni un punto, ni una hora,
la verdadera Caridad desmaya,
que aunque el peligro de la guerra crece,
serena permanece
vigilando en su puesto la atalaya.

Si tal vez, por azar, solo un momento
fijando el pensamiento
en la penosa condición del pobre,
por darle algún alivio nos juntamos
y fiestas celebramos...
esta será la Caridad de cobre.

Mas aquél que conserve mientras viva
un alma compasiva
y blanda de los míseros al lloro;
aquél que al infortunio lleve abierta
del corazón la puerta...
ese tendrá la Caridad de oro.

Ese tendrá la Caridad ardiente
enérgica y paciente.
vestida de inmutable fortaleza:
ese al Maestro seguirá divino
que al triste mundo vino
sin tener do repose la cabeza.

Que el hambre, y el dolor, y los pesares
no habitan los hogares
tan solamente un señalado día:
sin cesar se derrama llanto amargo,
porque el año es muy largo,
la miseria más larga todavía.

Ni es del todo benéfico y piadoso
aquel que generoso
la suplicada dádiva no niega,
sino quien, visitando al pordiosero,
á su don de dinero
otro de amor y lágrimas agrega.

Aquél que al ignorante dá enseñanza
y al doliente esperanza,
santo cordial al ánimo marchito,
aquel que no se aparta de su hermano,
aunque tenga la mano
manchada del estigma del delito.

¿Quién de tanta virtud tiene la llave?
Quién enseñarnos sabe
tan humilde y magnífico heroísmo?
¡Aquél que dijo al redimir al hombre:
«Desde hoy más, en mi nombre,
al prójimo amarás como á ti mismo!»

Porque la noble Caridad cristiana,
de todo bien hermana
habita donde habita el desvalido;
la Caridad que nace del acaso,
es cual ave de paso,
que no acierta á labrar el casto nido.

En vano inquiere fórmulas sociales
por minorar sus males
la humana afligidísima familia;
que al cabo de sus largos desamores
y luchas y rencores
solo al pie de la Cruz se reconcilia.

EMILIA PARDO BAZAN.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Lo dicen así los santos libros, abuelita? preguntó Adolfo, que nada quería ignorar.

—Sí, hijo mío: y no solo eso, sino que el Señor bendecirá la hacienda y hará mas productivas las tierras de los que amparen la vejez de sus padres.

—Y tiene mucha razon en eso el Señor. Oh! abuelita, cuando yo sea grande solo pensaré en cuidar mucho de papá y mamá, y sobre todo de tí que nos enseñas tan buenas cosas, dijo Julieta tomando una mano de la anciana y besándola muchas veces.

—Las obligaciones que nos prescribe el Señor en este Mandamiento no alcanzan á los hijos solo, se extienden á los tutores, padrinos y personas encargadas de la educacion.

En cuanto al deber de los hijos, el primero es el respeto, y no os hablo del amor, porque el amor no es un deber, es un sentimiento, y este le pone Dios en el corazon del hombre hacia los autores de nuestros dias, y en tal manera es preciso y natural, que calificamos de fieras y malvados á los seres que no aman á sus padres: tratemos pues del deber tan solo.

El respeto, amigos míos, es un principio social de gran trascendencia y necesidad: es, digámoslo así, la base en que se apoya el orden, y la balanza que sostiene la felicidad y la paz de las familias, de los estados y de las naciones.

Donde el respeto no alza un altar para Dios, no podrán existir tampoco un trono para los Reyes ni un templo para la ley.

Y donde no hay Dios ni Reyes ni ley, solo quedará la anarquía, el derecho del mas fuerte, el desorden, los abusos, el caos en fin.

Acaso la desmoralizacion, el desquiciamiento social, la sangre y las ruinas que envuelven hace tantos años á la vieja Europa ¿no son producto de la falta de respeto á Dios, á la religion, al estado, á los superiores, á los jefes en fin de la sociedad y la familia? Sí hijos míos, sí lo son. Y del mismo modo que no hay paz, ni prosperidad ni gobierno en una nacion que no guarda el respeto á las leyes ni á los superiores que la gobiernan, del mismo modo en un hogar donde el padre y el superior no es respetado, no habrá dicha, ni calma ni bien.

¡Oh! y que inmenso cargo, que peso tan grande deben llevar sobre la conciencia los que extraviando el humano pensamiento intentan arrebatarse al hombre el dulce y saludable freno del temor, de la sumision y de la obediencia, que debe imponernos el que por el cargo, por la naturaleza ó por la ley es superior á nosotros en el extenso escalafon social.

Voltaire, atacando y destruyendo con su impuro lábio las instituciones mas sagradas, atacó é hizo estremecerse en sus cimientos la estatua de la ley, de la paz y del orden, produciendo mas destruccion y mas estragos con su pluma, que el mas osado revolucionario hubiera podido producir con los cañones y las bayonetas.

Un impio de su calaña, Cordocet, cuya opinion no podrá calificarse de retrógrada ó norigerada, dice ha-

blando de este enemigo de la iglesia, «Voltaire no vió todo lo que hizo, pero hizo todo lo que nosotros vemos!» Mas ¡ay! perdonadme, amigos míos; me olvidaba que al decidirme á dar á mis nietos estas lecciones de catecismo, me propuse hacerlo con sencillez y claridad, porque ellos son niños y debo emplear el lenguaje de la niñez para enseñarles; además yo tambien soy una pobre mujer que nada sabe, y que solo cuenta con su buen deseo. Hablemos pues mas familiarmente: dejemos á la revolucion, á los impios y á sus obras, y decidme, para que comprendais lo necesario y trascendental que es la sumision, la obediencia y el respeto que deben inspirar los padres, ¿qué batallas podrá dar un ejército sin general? ¿qué buque llegará al puerto sin la guia del piloto? ¿qué rio correrá fertilizando el suelo, sino hay un dique que le encauce, y no le deje que se desborde?

El padre de familia es el general que conduce á sus soldados á la victoria: es el piloto que salva la nave, dominando la tempestad: es la valla que sujeta el ímpetu de las aguas y las hace fecundas y claras y bendecidas! Pero para conseguir la gloria y la calma y la bendicion, necesita tener como auxiliares la obediencia, la docilidad, la subordinacion y el respeto.

En la casa donde no hay un jefe digno, en el hogar donde no hay una madre venerada ¿qué felicidad, qué orden, qué prosperidad puede existir?

Bien sabeis, hijos míos, que ninguno.

Bien sabeis que allí donde se desconoce la autoridad paterna, donde no se acata como ley la voluntad de los que nos dieron la vida, todo es anarquía y disolucion, desorden y ruina.

Y luego, aquel mal se trasmite de unos á otros, y de generacion en generacion, porque los que han sido malos hijos no pueden ser nunca buenos padres. Los que no han guardado respeto á la ancianidad, no pueden á su vez hacerse respetar; es una ley precisa, y obediendo á ella, la vejez recibe el castigo de las faltas de la juventud.

Pero ¿qué es eso Julian? paréceme que está V. conmovido y que le causan pena mis palabras.

—Oh! sí señora! porque me recuerdan á mi pobre padre y los consejos que escuché siempre de su boca. Oh! el buen anciano siempre decía lo mismo que V. E., y aseguraba que no solamente los que trataban mal á sus padres no podrian gozar de bien sobre la tierra, sino que á su vez recibirian el castigo de mano de sus propios hijos.

—Y es la verdad, ¡hay tantos ejemplos de ello!

—Si V. E. me dá su permiso, yo referiré uno que me contaba mi padre.

—Con mucho gusto, amigo mío, ya le escuchamos á V. todos con la mayor atencion.

—Sí, Julian, exclamó Julieta levantándose rápidamente y yendo á sentarse junto al mayordomo. Sí, díganos V. todo lo que que sepa: á mí me gusta tanto escuchar esos cuentos!

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.